

esto, nos pertenecen. recordar que no debemos ni
recurrir, sino una vez más, a la esencia teórica y
práctica en sí misma, los modelos serán, pues, el
complemento de su estudio. La que, la parte a que
debe acomodarse el estudio, es el estudio en nuestros días.
En cuanto a los últimos capítulos de la obra,
pueden ser considerados por algunos como bastante po-
ligrosos; para otros, sin embargo, de buena cuenta que
si nos atrevemos a citar algunos nombres, la opinión
mayor de los hombres de verdadera virtud y de
saber habrá sancionado su reputación; nada a quien
nosotros concebimos gratuitamente un lugar
distinguido como orden sagrado, podría agraviar-
nos en vano. En cuanto a esta distinción, nuestro
libro en este sentido no tiene susceptibilidad, no
creará obstáculos; procuraremos alentar a los de-
biles, fortalecer a los que aspiran a conquistar
un puesto en ese gran templo, cuyas puertas de oro
se abren solamente cuando la hostilidad de la hien-
da su fallo, cuando habiendo desaparecido el hom-
bre, solo quedan las huellas que el pasar por el
mundo dejó impresas en el gran libro de la perfec-
ción humana.

de los siglos, para las naciones, la paz y la armonía, el
comercio, la industria, el arte, el comercio, y por lo que
de el hombre, unido al mundo de los espíritus, realiza el
trabajo divino.

INTRODUCCION.

Antes de comenzar el estudio de la palabra, es necesario
que el lector se acuerde de que esta obra es un estudio
de la palabra, y no de la lengua.

IDEAS FUNDAMENTALES.

I.
Sin la palabra, la vida humana sería un caos. La pa-
labra es el instrumento que nos permite expresar nuestras
ideas y sentimientos. Sin ella, no podríamos comunicarnos
entre nosotros, y la vida sería imposible.

La palabra: cuestiones acerca de su origen: etnografía.—Idioma primitivo.
—La palabra como expresión del pensamiento humano y como arte: as-
pecto bajo el cual vá á ser objeto de estos estudios.

Palabra: admirable fundamento de la esencia y de la gloria del hombre, [don precioso que le distingue de los demás seres que en la tierra comparten con él las delicias de la creación, símbolo de grandeza y superioridad, luz de la inteligencia, melodía del alma, raudal fecundo, inagotable, irresistible, de donde parte la inspiración, el entusiasmo y la gloria, vínculo, en fin, con el cual no solo se anudan los pueblos y las familias, sino que sirve á la vez de indestructible cadena con que se enlaza la estirpe humana.

Todo nace, vive y muere; solo la *palabra* subsiste á través

de los siglos, llega hasta nosotros, la perciben nuestros oídos, conmueve nuestra alma, escita nuestro corazón, y por su medio el hombre, animando el mundo de los espíritus, realiza el modelo divino que siente dentro de sí, le encarna, le reviste de formas sensibles y nos le ofrece palpable, definible, real, positivo y verdadero.

Naturaleza, hombre, inteligencia, palabra: he aquí, según Berryer, cuatro principios enlazados íntimamente y necesarios para explicar la personalidad humana: la naturaleza existe, el hombre existe, y con el hombre la palabra en su acepción más lata, la *voz*, el *gesto*, la *mirada*, poderosos auxiliares entre otros, de ese arte cuya historia nos proponemos escribir en una de sus más grandes manifestaciones.

Sin la palabra, la obra más acabada del Criador sería la pobre expresión de un poder imperfecto: nada revelaría sus altos fines, sus designios, y su existencia pasaría como pasa la de esas delicadas flores que viven un solo día: de la palabra procede casi todo el perfeccionamiento del hombre: la palabra domina al mundo, y la historia de la palabra es la prueba más irrecusable de la unidad de la especie humana.

La voz se convierte en palabra y el gesto en acción, cuando por su medio se expresan los sentimientos del alma: la palabra en el hombre no es como el canto en las aves; así es que no hay palabra cuando la voz, al propio tiempo que lleva el sonido a los oídos, no lleva también el pensamiento al alma: *nisi aliquid significet, nisi aliud ad aures ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur*. La palabra es algo más que el signo del pensamiento, es su expresión y su cuerpo: la palabra es la vida, y de ella parte como un torrente, se reproduce bajo formas distintas, y todos los seres que pueblan el universo obedecen su

mágico acento y sienten el influjo de su poder: la palabra confunde en un mismo pensamiento los pensamientos todos, combate con intrepidez, aconseja, anima, dirige, se precipita, se contiene, brilla, se estingue y se doblega a todas las ocasiones solemnes de la vida.

¿Quién inventó ese artificio tan maravilloso? La Biblia nos dice que «en un principio existía la *palabra*, y la *palabra era Dios*: Dios habló al hombre, y el hombre impuso por su mandato nombre a todas las cosas.» Los que han intentado explicar el origen del lenguaje separándose del sagrado texto, han caído en el absurdo. Ved de qué manera el Cristianismo ilumina el misterio del origen en la cuna misma del género humano. «Él puso al hombre, dice [la Escritura, cara á cara delante de sí, y le marcó con la señal de su rostro; le revistió de su fuerza; le dió el poder; hizo que saliese de su frente un terror capaz de sujetar a los animales; le *dió* el juicio y la *palabra*, ojos para ver y orejas para oír; una inteligencia para comprender y un corazón para amar....» Tal es el hombre a la luz de un dogma claro y definido: no es ni gigante, ni titán, ni cíclope, ni niño, ni carnívoro, ni herbívoro; es el hombre *virum perfectum*, a imagen y semejanza de Dios, *secundum imaginem suam fecit illum*. Un nuevo dogma completa esta doctrina; junto a la palabra *creación* hallamos otra, *la caída*; punto oscuro sin el cual, según la expresión de un autor francés, no hay luz en ninguna parte. Los filósofos anti-católicos de nuestros días colocan hábilmente entre sombras el punto de partida del hombre para iluminar mejor su camino, dice el P. Félix; pretenden hacer salir la luz de las tinieblas y piden a la noche que les ilumine.

Observemos detenidamente nuestro propio espíritu, pensemos un solo instante en la actividad de sus facultades, detengámonos ante su reciproca correspondencia, y nos veremos precisados á esclamar con San Agustín: *Multa mihi super hoc oboritur admiratio, stupor apprehendit me.* Todo demuestra que el hombre no ha nacido para vivir encerrado en sí mismo; su existencia no se concibe sin la existencia de los demás; la realización de sus destinos pende de la reciproca cooperacion de sus semejantes: un secreto impulso le obliga á *manifestarse* sin que el mas refinado egoismo sea suficiente para contrarrestar esa necesidad que todos experimentan: *¿conceptum sermonem tenere quis poterit?* La palabra es, pues, un atributo inherente á la propia naturaleza del hombre, naturaleza que viene de Dios, que solo ha podido ser obra de Dios.

Dada la idea del espíritu, nace necesaria y forzósamente la de la *palabra*; sin que el entendimiento forme un juicio, no se concibe la palabra; por eso la causa impulsiva, coexistente de la palabra es el *pensamiento*: lo que Augusto Nicolás llama el lenguaje íntimo del alma, la *revelacion*. «Y el Señor llevó su mano y tocó mi boca, y me dijo: En tu boca he puesto mis palabras.» Sin este don divino, ¿qué seria el hombre? la ignorada planta que sin nombre crece en la inmensidad de los campos.

La imágen de Dios, de cuya reproducción en el hombre nos habla el gran libro, se explica perfectamente en la palabra: la palabra es un poder esencialmente creador: es *efecto* en cuanto al que la pronuncia, es *causa* respecto de aquel á quien se dirige; no es la palabra el espíritu, pero tampoco es la materia: con la caída del hombre, la palabra perdió una gran parte de su poder creador, conservando no obstante el suficiente para mostrarnos sin género alguno de duda, que no es ni puede ser otra cosa

que un destello sublime de la mente de Dios, verdadero milagro comparable tan solo, segun San Agustín, al misterio de la Encarnacion (1).

A pesar de la evidencia de estos principios, á pesar de que no se concibe ni se explica un lenguaje artificial sin ser el resultado de un convenio mas ó menos esplicito y terminante, no han faltado filósofos y filólogos que se atrevan á combatir lo que como eterna é inmutable verdad se haya escrito con caracteres indelebles en nuestra propia conciencia: los delirios de los hombres en este punto son como todos los delirios nacidos del orgullo y la vanidad; conducen á la negacion de todo lo grande, de todo lo sublime, de todo lo bello, colocan la obra predilecta de Dios al nivel de las demás criaturas, secan en el alma todo gérmen de virtud y de esperanza.... antes *nada*, despues *nada*, y siempre *nada*.

He aquí la fórmula de los que pretenden hacernos ver sin la ayuda de la *revelacion* el origen del lenguaje.—«El hombre, dicen, permaneció por mas ó menos tiempo *mudo* ante el admirable espectáculo de las maravillas que le cercaban: despues la alegría, el dolor, le hicieron prorumpir en gritos agudos y penetrantes, y por último, consiguió *inventar* la palabra, que desde entonces camina paso á paso á su perfeccion.» He aquí resuelto el gran problema: ¿para qué remontarnos á una esfera que engrandece al hombre, que le sublima? daos por satisfechos. La palabra no es mas que una consecuencia inmediata, natural, sencillísima de la estructura de nuestros órganos.

(1) La idea de que el Verbo encarnó, en cierto modo, segunda vez, tomando para cuerpo suyo la *palabra* del hombre, la hallamos en la homilía XXXV de Orígenes sobre San Mateo y en el cap. XXXVII de *resurrectione corporum*, de Tertuliano.

Rousseau, en medio de sus extravíos acerca del origen de la sociedad, dice que es imposible que el idioma naciese y se estableciese por medios puramente humanos: Humbolt, célebre etnógrafo, asegura que las lenguas no adquieren su desarrollo lentamente, sino que lo reciben de una *fuera desconocida* de la mente humana: la academia de Petersburgo decide despues de una larguísima investigacion, que todas las lenguas deben considerarse como dialectos de un idioma perdido: el consejero de Estado, Merian, adopta la misma proposicion, rogando á los que se atrevan á dudar de la *unidad* del idioma despues de haber leído á Whiter, que estudien á Goulianoff: Federico Schlegel, si bien en un principio no se decide á hablar del idioma como un beneficio del cielo, en su última obra, que no pudo concluir, escribe estas líneas: «El lenguaje ha sido concedido, comunicado y conferido al hombre por Dios.» Por último, de Maistre, Ballanche, Lammenais y otros filósofos y escritores profanos, siguiendo en la cuestion que nos ocupa mas ó menos ostensiblemente las huellas de los Santos Padres (1), consultando el gran libro donde estos aprendieron á conocer la verdad, con cuyos brillantes resplandores iluminaron al mundo, reconocen como *único* origen del lenguaje la *revelacion*.

(1) San Atanasio, en su Orat. contra los gentiles: San Basilio, en su homilia *Attende tibi ipse*: San Gregorio Nacienceno, Orat. XXIV y XXVI: San Ambrosio, y por último San Agustin, en los libros *Immortalitate animæ*, de *Trinitate*, de *Quantitate animæ*, y en los capítulos VIII al XIX del libro X de sus *confesiones*, se han ocupado de este asunto, mostrándose profundos idiólogos, filósofos y pensadores; mas de lo que ellos escribieron no es posible escribir: su *genio cristiano* abarcó cuanto la mirada del hombre puede sondear ayudado por la antorcha de la fé, en lo que se refiere á los fenómenos todos de nuestra alma.

Bonald, al principio de este siglo, espuso una nueva teoria acerca del origen de la palabra, peligrosa por cierto para la juventud, toda vez que partiendo de la *revelacion*, envuelve no obstante errores trascendentales: he aqui la sintesis de su sistema (1):

«Es necesario, dice, al espíritu alguna espresion para que tenga conciencia de sus pensamientos.»

«Antes del lenguaje, el entendimiento se asemejaba al libro cerrado con siete sellos.»

«El espíritu, antes de haber oido la palabra, es vacío, desnudo: no existe para sí mismo ni para los otros.»

«Los hombres reciben los unos de los otros la existencia física por medio de la generacion; la existencia moral por medio de la palabra.»

«Nuestro entendimiento es un lugar oscuro donde no recibimos ninguna idea, ni aun la de nuestra propia inteligencia, hasta que la palabra humana, que puede muy bien compararse á la palabra divina, ilumina á todo hombre que viene al mundo, llevando la luz al seno de las tinieblas y penetrando hasta el espíritu por el sentido del oido: entonces cada idea, llamada por su nombre, se presenta y responde como las estrellas en el libro de Job al mandato de Dios:—Héme aquí.»

Graves errores filosóficos y teológicos encierran los pensamientos que hemos consignado: el hombre para Bonald no es mas que tradicion y autoridad, *inteligencia servida por órganos*: de la palabra provienen, segun él, las controversias de los teistas y los ateos, de los cristianos y los filósofos; y la palabra, atendido su origen divino, es la única prueba positiva de la

(1) Legislation primitive.—Recherches philosophiques.—Tomo I.

existencia de la divinidad; esta teoría conduce necesaria y fatalmente al *sensualismo*, que Bonald mismo pretendió aniquilar en otro sentido.

Por otra parte, si la palabra es tan absolutamente necesaria para la manifestacion de la idea, que sin ella no se concibe la existencia de la idea misma, ¿de qué manera se esplica la vida futura del pensamiento y la conciencia? ¿cómo se concibe la existencia del alma, despojada por mas ó menos tiempo, entre la muerte y la resurreccion de la carne, de los órganos de que se sirve? Por esta razon hemos querido consignar en este sitio las consecuencias de una teoría que comienza por reconocer el origen divino de la palabra, pero que se pierde despues, que se estravía lastimosamente, viniendo á caer en un sistema que rechaza la verdadera filosofía.

Ni la teoría de los que suponen que el hombre, obedeciendo á la ley de la necesidad, inventó ciertos gritos, que fueron las interjecciones, elevándose poco á poco hasta las demás partes del discurso; ni la de Bonald, que conduce á negar la existencia del alma separada de los órganos de que se sirve, pueden resistir un exámen detenido y concienzudo: una y otra se oponen á la razon natural, y la tradicion y la historia las rechazan por absurdas é imposibles.

Para resolver el origen de la palabra han apelado algunos al estudio de una ciencia, muy moderna por cierto, pero que ha hecho grandes progresos, merced á las profundas investigaciones de muchos sábios que la han cultivado.

La *etnografía*, poderoso auxiliar para la historia, nos ofrece hoy una nueva prueba de la verdad cristiana en lo que se refiere al origen comun de la especie humana, á la existencia

de un idioma primitivo y á que los hombres lo cambiaron por haber sido *súbitamente* separados los unos de los otros.

Leibniz puso en el siglo XVII los verdaderos cimientos de la ciencia etnográfica; separándose del inútil empeño de los filósofos antiguos, dió nueva direccion á los estudios en esta materia, de suyo árida y trabajosa; siguiendo sus huellas Hervás (1), Panduro (2), Catalina II de Rusia, Werdin (3), Adlung, Vater, Klaproth, Balby, Abel, Remusat, Whiter, Kennedy, Goulianoff, Merian, De Hammer, Schlegel, Humboldt y otros, cuya cita se haria enojosa y hasta inoportuna en este sitio.

No han sido estériles los trabajos etnográficos: los entendimientos que, no dándose por satisfechos con la fé, buscan el auxilio de la razon, han tenido que confesarse vencidos: Dios no pudo dotar al hombre de una sensibilidad exquisita, de una inteligencia superior, de un alma, en fin, sin darle á la vez recursos con que realizar en la esfera de la vida todas estas facultades: el origen divino de la palabra se demuestra por la filología; siguiendo su historia siempre, se llega á un punto en el cual hay que reconocer que, existiendo entre los idiomas análogas marcadasísimas, por mas que los separen diferencias esenciales, esto no puede menos de ser el resultado de un suceso extraño, de una gran perturbacion, de la *division, en fin, de las lenguas* de que nos habla la Biblia.

(1) Catálogo de las lenguas conocidas y noticia de sus afinidades y diferencias—1784. Origen, formacion, mecanismo y armonía de los idiomas indios—1785. Vocabulario políglo to con prolegómenos de mas de 150 lenguas—1787.

(2) Idea del universo.

(3) Conocido mas comunmente con el nombre de P. Paulino de Saint Barteley.

¿Deberemos detenernos á designar cuál sea el idioma primitivo? ¿contribuiria á poner término á las disputas que ha originado esta cuestion, lo que acerca de ella pudiéramos escribir? La controversia sobre este punto se ha considerado por algunos como peligrosa; nosotros la conceptuamos estéril.

«Antes de la confusion de las lenguas, el pueblo era *uno* solo y el lenguaje de todos *uno* mismo, *unus est populus et unum et labium omnibus.*» Esto es realmente cuanto sabemos acerca del idioma primitivo.

«Venid, descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero: *descendamus et confundamus ibi linguam eorum ut non audiat unusquisque vocem proximi sui.*» Este es el hecho ocurrido en las llanuras de Sennaar. Los hombres intentaron edificar una ciudad y una torre cuya cumbre llegase hasta el cielo, y Dios castigó de una manera terrible este segundo delirio de su vanidad; desde este momento comienza realmente la historia del lenguaje humano.

Ahora bien, ¿olvidaron todos los hombres su primera lengua? ¿se conservó esta en la familia de Hebér, como suponen San Agustin, Orígenes y San Gerónimo? el idioma de la familia de Hebér, ¿era el hebreo ó la lengua siriaca? Ninguna de estas preguntas puede ser contestada de un modo cierto, evidente: siguiendo el Sagrado texto, lo que sostenemos es, que el género humano descende de *una sola familia* y que esta habló *un solo idioma*.

El orgullo, la soberbia del hombre atrae sobre sí las iras del Hacedor; se dicta la sentencia, se formula el castigo, y la *unidad*, simbolo de fuerza, desaparece: los hijos de Adán se separan sin conseguir su loco intento; mas aun, sin entenderse

los unos á los otros, y esta confusion se perpetúa, existe todavía y existirá hasta que ese idioma único, enseñado al hombre por Dios, sea el de todos los pueblos, el de todas las naciones: cuando el Cristianismo domine al mundo, sea la creencia universal, el idioma en que se eleven al cielo todas las plegarias, los ruegos todos, el hombre habrá conquistado de nuevo la *unidad* de que no supo aprovecharse, convirtiéndola en instrumento de pecado, en vez de valerse de ella para edificar, no una ciudad y una torre, sino un templo.

La cuestion, pues, de cuál fuese el idioma primitivo (1), ni cuántas las lenguas que se hablaron despues de la dispersion de los hombres (2), no debia preocuparnos por mucho tiempo: en Babel, que es sinónimo de orgullo, de magnificencia, de temeridad, fué confundido el lenguaje de toda la tierra: *confusum est labium universæ terræ.* Registremos este hecho (3) despues de haber sentado como verdad de fé y verdad de evidencia, que

(1) Multitud de sábias investigaciones se han hecho sobre este punto: Welb reclama la supremacía para los chinos, Pirron para los celtas, Arostegui, Erro y otros para los vascongados; pero las lenguas orientales son las que en realidad presentan mayores títulos para obtener ese honor, que ha llegado á convertirse en vanidad nacional; entre ellas se disputan la primacía el caldeo, el siriaco y el hebreo: la mayoría de los espositores y autores se deciden en favor de este último, al que tambien nosotros damos la preferencia.

(2) He aquí las opiniones que acerca de este punto nos parece oportuno consignar:

San Paciano cree que fueron 120 idiomas; San Clemente Alejandrino, 75; la mayor parte de los escritores eclesiásticos, 72; San Epifanio dice que las lenguas fueron tantas como gefes de familias concurrieron á la edificación de la torre, y por último, San Gerónimo entiende que fueron 72 por las doce regiones de ángeles á que sin duda hace referencia el verso 8, cap. XXII del *Deuteronomio*.

(3) Véase el tomo I de los *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, de A. Nicolás.